



BACO, MERCURIO Y LA LEY DEL TIMBRE.

HSTABA no hace muchos días el mo-
fletudo Baco sentado en su con-
sabido tonel, con la barriga a-
aire y los pámpanos en la frente; trasudand
do como de costumbre y con la nariz mas
violácea que de ordinario. Hubiérase di-
cho, á juzgar por el talante, inusitadamente
mustio, del dios de las viñas que algún asun-
to serio le preocupaba; había despertado
ese día cariacontecido, y las hojillas de su
corona silvestre, enjugándose como las hier-
bas cocidas, caían sobre su frente sonrosa-
da con esa poca gracia con que muchas de

nuestras pollas dejan caer su «burrito» sobre las cejas. Tenía el tirso en la mano izquierda, dejándole caer de manera que la piña con que remata este atributo tocaba al suelo.

Al verlo su mujer en tal talante, hubo de acercársele, lo mismo que se acercan aquí en la Tierra todas las mujeres á sus maridos cuando los ven cabizbajos ó cuando les van á pedir un aderezo.

Baco no se dió por entendido de la proximidad de Ariadna, hasta que ésta, con la familiaridad propia de los casados viejos, le puso la palma de la mano sobre la tetilla izquierda.

Todos los músculos de Baco se estremecieron como los de la rana de Volta.

—¡Ah, eres tú! exclamó el dios con voz de falsete.

—¿Por quién me tomabas, Bronio mío?

Ariadna le llamaba á su marido «Bronio» ó «Liber». Este modismo olímpico equivale en la Tierra á los nombres de cariño, Nito ó Nacho ó Chucho. Allá «Bronio» quiere decir ruido y «Liber» insubordinación.

—Por quién te había de tomar, por Mercurio, dijo Baco suspirando.

—¿Qué te ha hecho ese pícaro?

—¿No le has visto en estos días á mi lado horas enteras?

—Sí; y ya me temía que estuviera haciendo una de las suyas.

—Pues ni más ni menos. Se trata de un negocio feo, escandaloso, atentatorio.

—Con motivo de qué?

—De la ley del timbre.

Cualquiera otra mujer que no hubiese sido Ariadna habría exclamado: ¡Ave María Purísima! porque con la palabra «timbre» estaba dicho todo. La ley es familiar á los dioses.

—Pues de qué se trata?

—Vas á ver, dijo Baco haciendo un movimiento con la barriga que proporcionó seis piés cúbicos de aire á sus pulmones.

—¿Conoces México?

—Cómo no. Si mi hilo, el hilo que le sirvió á Teseo para salir del laberinto de Creta....

Baco movió una ceja al oír el nombre de Teseo, amante de su mujer. Los dioses en su calidad de maridos ya no mueven más que una ceja en señal de desaprobación.

—Y bien ¿decías? insistió Baco.

—Que sí conozco á México, porque mi hilo es el único que les sirve á los habitantes de la capital para salir de un laberinto en que cada calle tiene un nombre distinto. Si no fuera por este hilo, los pobres regidores se verían en la necesidad de reformar la nomenclatura de las calles. Sí, mi Bronio, conozco á México.

—Y sabes por supuesto á lo que allí llaman Semana Santa.

—Semana Santa.... repitió Ariadna recapacitando, ó lo que es lo mismo, Semana Mayor.

—Eso.

—Ah, sí, ya me acuerdo. Esculapio me dijo que es la semana en que hay más indigestiones, gastroenteritis y desarreglos intestinales.

—Esa. Figúrate que en esa semana de

abstinencia, de penitencia y recogimiento me pongo las botas.

—No entiendo.

—Así dicen en la tierra cuando se gana, cuando se roba, ó cuando se hace un buen negocio.

—Bueno, dijo Ariadna, muy disculpable por otra parte de no saber lo que eran botas, ni lo que es ponérselas.

—En esa semana, continuó Baco, todo el mundo bebe y anda suelto.

—No dices que es semana de abstinencia y recogimiento?

—No te olvides que se trate de la Tierra, y sobre todo de México; debes tener en cuenta el adelanto de los pueblos, la civilización y el progreso. De otra manera no podrás entenderme: cuando yo diga abstinencia tratándose de allá, entiéndase embriaguez, y cuando diga recogimiento, entiéndase jarana, bulla, desórden etc. Ahora bien, tú sabes que México es mi país favorito, y merece toda mi predilección por sus costumbres muelles, por su informalidad, y,

36225

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Vols. 1425 MONTERREY, MEXICO

sobre todo, por el amor al trago. Yo no pude menos de enviarles á una parienta mía á descubrir el pulque; bebida que como sabrás engendra á los valientes; desde entonces se destripan aquellas gentes por quitame allá esas pajas. Dime tú si amaré á los mexicanos! es gente alegre y de todo mi gusto ;Oh México! Es la tierra de promisión para mis adeptos: figúrate que allí no se necesitan más que seis centavos para emborracharse con pulque, y diez ó veinte para procurarse una congestión cerebral con chinguirito.

La Semana Santa, que, como tú sabes, es fecunda en indigestiones, lo es también en excesos alcohólicos y otros; y como debes figurarte, tal estadística me encanta; pero no sé de dónde ha salido un tal Peña, que por lo visto no tiene nada que ver con el Olimpo, pues ha dado en la flor de ponerle timbre á todo, hasta á las botellas.

¡Pásmate, Ariadna mía! ¡timbrar las botellas en el país clásico de la embriaguez! ¡ponerle cortapisas á esa noble pasión del

vino cuando ya estaba yo logrando madurar algunas docenas de jóvenes decentes, que tambalean de lo lindo por esas calles de Plateros, agraciados ya con la vaguedad de la mirada, con la lividez alcohólica y algunos, como un güerito muy simpático y muy querido mío, con los síntomas precursores del «delirium tremens.» Pues bien, todo este cuadro risueño, toda esta perspectiva edificante, ha recibido un golpe terrible con esa ley del señor Peña, quien, por lo visto, ha de ser un gentil mancebo que no bebe más que agua fresca.

—Pero bien visto, dijo Ariadna, que era muy perspicaz, esos borrachitos de que me hablas, lo seguirán siendo á pesar del timbre; ya sabes que un borracho cuando puede bebe, y cuando no puede bebe; y cuando no lo puede adquirir, lo pide, y cuando no, lo roba, pero bebe. No tengas pues cuidado, Bronio mío, que borrachitos no te han de faltar en toda tu vida.

—Pero no es eso lo peor, replicó Baco, sino que Mercurio ha ido á complicar las

cosas de manera que van á tomar un carácter grave.

—Pues qué ha hecho?

—Escandalízate, mujer, ¡cerrar las cantinas!!

—¡Es posible!

—Como lo oyes. Pero aquí viene Mercurio, míralo que aire de triunfo trae; ha dado en hacerse el majo, y echa bravatas como un andaluz; vaya si está inconocible!

Efectivamente, el dios Mercurio se acercó dando brinquitos y moviendo las alitas de los piés como un chupamirto; traía el casco medio de lado, de manera que una de las alitas casi le tocaba el hombro, y venia jugando con el caduceo como cualquier chulo con la muleta.

—Cómo te va, gordo? ya se te pasó la murria? No te des á la pena, hombre; que no es propio de los dioses andarse con escrupulillos por cuestiones de pipiripao.

—Es que....

—No tengas cuidado, ya sabes que soy fuerte y que donde yo pinto no hay quien

borre; y no ha de ser el primer gobiernillo á quien yo me meta debajo del brazo, y no me vuelva á acordar de él en toda la cuaresma! Pues qué te parece que estoy allí para que se me jueguen las barbas? Salirme ahora á mí con estampillas! Como si no estuviéramos más que para darle gusto al gobierno. No, señor; el comercio sobre todo, el comercio manda, por el comercio vive el país, y al comercio deben rendirle homenaje el gobierno y la sociedad. Cuando el gobierno necesite dinero está bien, el cincuenta por ciento, y ya sabes que nosotros somos francos, aquí está la bolsa, ¡qué diablo! y cuando la sociedad quiera divertirse, ahí está el Casino, que vayan, que se diviertan de balde, eso es muy justo. Pero salimos ahora con leyecitas, no señor, qué ley ni qué cuatro cuartos, aquí no hay más ley que nosotros, y á cerrar las puertas y que se muera de hambre todo bicho viviente.

—No, hombre, no tanto, exclamó Baco asustado.

—No tengas cuidado, chico; se cierran

las puertas pero se vende por la trastienda. De lo que se trata es de tomar una actitud importante, me comprendes? Figúrate á trescientas mil almas que á las doce del día no se han desayunado. Aquello va á estar espléndido; por supuesto la plebe se amotina, la guarnición se pone sobre las armas, hay algunos balazos y el gobierno canta la palinodia, se deroga la ley y á mamar de nuevo. Este es el plan. Con que ya ves que no tienes por qué afligirte. Déjame preguntar por el teléfono lo que ha pasado.

Mucho tiempo estuvo Mercurio hablando por medio del instrumento maravilloso. Cuando Baco vió que se tardaba tanto, se bajó del tonel y fué dando traspiés hasta donde estaba Mercurio.

—Qué hay? preguntó, ya se desayunaron esos trescientos mil infelices?

—Déjame Baco que estoy para tirar el caduceo; no solo se ha desayunado todo el mundo, sino que están almorzando como si tal cosa. No; si con esta gente no se puede hacer nada. Figúrate que se com-

prometieron todos á matar de hambre al vecindario, y á aterrorizar al gobierno. Es cierto que han cerrado muchos, pero en nada se ha alterado el orden común. Todas las pollas tienen sus zapatos nuevos de Semana Santa, y sus sombreros y sus matracas. Todo el mundo ha encontrado donde emborracharse y ninguna falta han hecho las cantinas cerradas. Sucedió lo que yo me temía, han vendido por la trastienda. El gobierno se ha tenido fuerte, y en la prensa han salido derrotados todos los que increparon la ley. El ministro ha sido deferente y ha allanado todas las dificultades para que los comerciantes puedan proveerse de timbres pagando en abonos.

—En sustancia, exclamó Baco, poniéndose rubicundo de gusto, han hecho un «fiasco» redondo, amigo Mercurio.

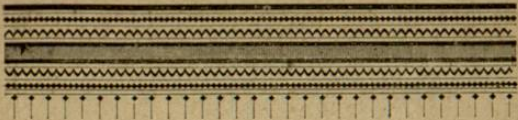
—Qué quieres. Si los comerciantes se hubieran tenido tiesos... pero no, señor, nos traicionaron algunos y nos desbarataron el plan. Pero ya nos desquitaremos con el con-

trabando y con apretarles la naranja á los marchantes.

—Vamos á echar un trago, amigo Mercurio, porque bien necesitas refrescarte. En cuanto á mí, me reconcilia contigo saber que mis borrachitos de levita siguen tambaleándose por la calle de Plateros, como si tal ley del timbre y tal Mercurio existieran en el mundo.

—La Semana Santa, observó Ariadna, ha sido realmente de recogimiento, pero sólo para algunos vinateros recalitrantes.





CORRILLO EN EL OLIMPO.

COMO todos los periódicos se han ocupado de la cuestión del timbre en estos últimos días, yo, aunque sin lira debajo el brazo y sin laurel en la frente, me dirigí al Olimpo, en donde aquellas gentes están siempre de buen humor y á fuer de dioses sintetizan las cosas de una manera muy propicia para mi objeto.

No habían dado aún las once, y ya los dioses las estaban haciendo: lo mismo que en México porque este Baco ha logrado entre copa y copa contaminar á los dioses con

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

muchas de las malas costumbres de la Tierra.

Como me lo figuraba, no se hablaba allí de otra cosa que de la ley del timbre y de las ruidosas manifestaciones que se preparan acá abajo al señor gobernador saliente.

Mercurio había llevado multitud de botellas sin timbre, que Baco destapaba con su habilidad de costumbre. La pobre de Ariadna, estaba ya muy tranquila al ver á su marido tan contento, y habían tomado parte en el corrillo aquel, para hacer las once, Birján y Vénus; porque allá como acá abajo, las once es la hora de las buenas amistades. Los dioses, lo mismo que nuestros léperos, nunca se ponen en contacto con usted sin ofrecerle una copa.

Vénus no podía contener la risa al ver á Mercurio, y dándole de codo á Ariadna le preguntaba.

—¿Quieres decirme qué le veo á Mercurio de extraño?

—¡Qué ha de ser! que se ha dejado las patillas á la andaluza.

—¡Acabaras! es cierto! con razón le notaba un airecillo de Cúchares, algo así como de majo.

—¡Qué! si se ha dado una agachupinada en estos días, que está inconocible, contestó Ariadna. Con decirte que pronuncia la C y la Z como un madrileño, cosa que no había hecho nunca. Si en su mano estuviera ya hubiera cambiado su casco por un calañés. Míralo, no bebe ya más que Manzanilla, como los andaluces.

Efectivamente, la copa que bebía Mercurio era cilíndrica y honda; la misma que en Andalucía se llama «caña.»

—¿Y de qué proviene ese amaneramiento de Mercurio? preguntó Vénus contemplando la morvidez de su pierna izquierda que tenía extendida.

—Se ha vuelto así en México.

Vénus se puso colorada al oír estas palabras y encogió la pierna.

—Ah! exclamó Ariadna riéndose, mira qué impresión te hace oír el nombre de ese país.

—Y con razón «mialma», contestó Vénus. Aquél es un país que adelanta visiblemente; pregúntale á Birján.

—Todos los países de la Tierra están adelantando mucho.

—Pero todo lo nuevo.... Ya sabes. Allí mi culto está tomando tales proporciones, que va llevando los mismos pasos que Roma. Mira, Baco y Birján te pueden dar mejores informes.

—Qué están hablando esas señoras? preguntó Baco, dejando percibir entre palabra y palabra el hipo que le era característico después de las once.

Ese hipo olímpico, corresponde exactamente al que se oye á esas horas en el cuadrilátero da Plateros, calle del Teatro Principal, Coliseo, Refugio y portal de Mercaderes.

—Preguntaba Vénus, dijo Ariadna, si es cierto que México está adelantado tanto como dicen.

—Vaya! exclamó Baco erupcionando, México!.... México!.... Y el dios cerró los ojos

y sacudió las caderas en señal de júbilo y recogimiento.

—México! repitió Birján restregándose las manos. ¡Ah! ¿ya saben ustedes que se prepara una manifestación ruidosa?

—¿A quién hombre! preguntó Mercurio. ¿A los comerciantes?

—No, qué comerciantes; al señor gobernador.

—Pues qué ha hecho?

—Que sale, hombre, que sale.

—Muy bien hecho; ha sido un excelente gobernador, ha hecho muchos beneficios, repitió el dios con entusiasmo. Es muy justo que se le haga una fiesta.

—Por lo visto, observó Ariadna, no se había dado el caso desde los tiempos prehistóricos, de que en el Olimpo se pusieran en boga un país de la Tierra.

—Por lo menos en ciertos círculos del Olimpo.

—Eso! murmuró Baco, en nuestro círculo que se compone todo de gente del bronce.

—Yo no soy gente del bronce, replicó Vénus. Te olvidas que soy la diosa de la hermosura y del placer?

—Por lo mismo, chica, por lo mismo. Nosotros somos los dioses de la jarana y de la bulla, que nunca tomamos las cosas por lo serio.

—Exactamente, como los mexicanos! exclamó Birján haciendo sonar los dados que tenía en la mano.

—De manera, dijo Mercurio, que era el mas práctico de todos los dioses, que con razón somos todos nosotros tan parciales por México. Todos tenemos nuestras razones para amarlo.

—De mí ni se diga, exclamó Baco. Yo he dado mis razones: Júpiter hizo crecer allí el maguey, y con esto está dicho todo; mi culto era asegurado por toda la vida del planeta. Ya voy consiguiendo que en algunas poblaciones no se pueda hablar con nadie después de las once, merced al «tequila;» y Gayosso, aunque no me conoce ni de vista, me manda seguido muestras de

su agradecimiento por las defunciones que le proporciono. ¿Y tú, Mercurio, qué tienes que decir en abono de México?

—Hombre! lo único que puedo «dezirte» es que es un «paíz» de «bendición!» Meto el contrabando por todas partes, defraudo los intereses del fisco á toda mi satisfacción, improviso fortunas, y cuando algún gobierno me viene con bravatas y con leyecitas como las del timbre, ¡cataplúm! le doy con la puerta en los hocicos.

Eso sí, cuando el pobre gobierno está apurado, le presto unos cuantos reales; pero por la buena y así como de compadres, me comprendes? con buena garantía y vaya usted con Dios. Ahora acabamos de tener nuestro disgustillo por eso de las estampillas; pero le hemos encontrado la contra, porque ya saben ustedes que soy hombre de recursos. En primer lugar hemos quitado todas las botellas de los escaparates, y no habiendo botellas no hay estampillas. ¿Me comprenden ustedes? Eso sí, las casas de comercio están un poco feas; los esca-

parates tienen cuando más tarros de cerveza vacíos, otros escaparates están llenos de cajas de cartón, de velas esteáricas y de otra porción de chácharas, ajenas al comercio de caldos. En segundo lugar, tenemos un recurso magnífico.

—Qué recurso? preguntaron los demás dioses.

—Toma! las estampillas de quita y pon.

—Y cómo son éstas?

—Son las mismas que sirven para las ventas; pero como están pegadas con goma sobre lacre, sobre estaño, ó sobre hojadelata, el marchante las despega en su casa intactas y vuelven á servir. De manera que las tales estampillas van á ser el papel de los mites en el teatro, que para que parezcan muchos entran por una puerta y salen por la otra; pero son los mismos.

—Este Mercurio es terrible, exclamó Ariadna.

—Por algo he de ser no sólo dios del comercio, sinó del robo..... y de otros asuntillos de cierto género ¿no es verdad Vénus?

—¡Cállate, y no empieces con impertinencias! dijo Vénus haciendo un melindre.

—A ver acá otra caña de Manzanilla.

Baco le sirvió á Mercurio, quien apuró «la caña» sin pegarla á los labios, sino enviando el contenido por el aire y recibéndolo en la boca, en forma de chorro. Después volteó «la caña» y quedó muy satisfecho de no haber desperdiciado una gota.

—¿No te digo que Mercurio está hecho un majo? le dijo Ariadna á Vénus.

—En tercer lugar, continuó Mercurio han dado la ley sin nombrar siquiera unas ocho docenas de agentes supernumerarios del fisco, como se necesitarían para vigilar más de mil establecimientos de bebidas. De manera que mientras por unas partes estiran por otras aflojan, y el final del cuento será que no sirvan para nada las tales estampillas.

—Ahora, sí, parece que la cosa está seria, dijo Baco.

—¡Qué sería va á estar! deja que se les acabe el entusiasmo. Ya sabes que el entu-

siasmo dura poco como los fuegos artificiales.

—No tan poco, dijo Vénus. Yo no me puedo quejar del entusiasmo de los mexicanos. Son muy entusiastas, yo sé lo que les digo á ustedes, son muy entusiastas los mexicanos....

—Ya se vé que sí, repuso Birján. Que me lo digan á mí! Mi culto está asegurado por toda la vida, y eso que no tengo magueyes, como Baco; pero aquellos chicos son gastadores, lujosos, y tan afectos al naipe, que hasta las pollas y las madres de familia frecuentan los garitos. Yo estoy muy contento de esa adquisición de madres de familia, que he hecho en estos últimos años, porque como saben ustedes la madre es la que forma al hombre, la que lo educa, la que le inspira la moral. Pues bien, si la madre es «un apunte», la prole con seguridad me pertenece.

—Y á mí! dijo Baco. No hay naipe sin trago.

—Y á mí! gritó Vénus. Tengo una colec-

ción de barbilindos que no hay más que pedir; son todo mi querer: figúrenselo ustedes borrachitos, jugadorcitos y.... y amorositos. Se van por donde pueden, y los que se me escapan por un lado, caen por el otro en el matrimonio; ellos forman un gremio tan curioso, que Facundo ha escrito una novela titulada LOS MARIDITOS.

—En resumidas cuentas, dijo Baco, todos estamos contentos de México. Propongo un brándis por su prosperidad.

—¡Por que se acaben las estampillas! dijo Mercurio.

—¡Por la libertad del juego! gritó Birján.

—¡Por esos niños y por esas señoras! dijo Vénus apurando su copa.

—¡Viva México!

—¡Viva!

